

La Luz de la Reina

Reinado
de María 

Lumen Reginae

N.12-ABRIL 2021

REINADO
DE CRISTO

La Resurrección del Señor

EN LA
ESCUELA DEL
INMACULADO
CORAZÓN

La devoción al Corazón
Inmaculado de María,
Madre de Misericordia



**“En María, Dios Padre hace realidad su infinita
compasión por el hombre. Santa María es el amor
de Dios hecho ternura”.**

(P. Molina)



Alma Mariana

P. Rodrigo Molina

Inspirador del Reinado de María

Necesitas convencerte de que Dios es el abundante en perdonar, el profundamente misericordioso. En su misericordia va más allá de todo lo que hubiéramos podido soñar e imaginar. Tu situación, por angustiosa que sea, está en las entrañas de misericordia de Jesús.

Jesús nos tiene piedad, se une con nosotros, se compromete con nosotros. En su compromiso Jesús es fiel: «Ésta es la Sangre mía, la de la Alianza, la derramada por muchos para la remisión de los pecados» (Mt 26, 29).

La verdadera conversión comienza cuando me convenzo de que Dios me ama. Dile al Señor: «El que amas está enfermo» (Jn 11, 3). Y tranquilo. ¿Cómo no desear ser la oveja perdida? Al publicano del templo le salvó el exponer y reconocer su miseria. Precisamente el Corazón de Cristo está hecho para guardar su compasión a la medida de tu miseria, para inclinarse sobre ella, para encontrarla y elevarla.

Deja que el misterio de la resurrección te inunde y a través de ti irradie ya ahora, en ese presente del hoy tuyo doloroso. Deja que la luz de la resurrección brille en ti sin sombra, que su resplandor ilumine tu oscuro y doloroso caminar hacia el cielo. Deja que el cielo se halle presente en tu tierra, la eternidad en tu tiempo, la bondad irradiante de Dios en tu cruz. Hacerlo así es haber resucitado ya.

Rodrigo Molina

Sumario

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

4 MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA.

VICTORIA DE MARÍA

7 EL PADRE MOLINA Y EL TRIUNFO DE NUESTRA SEÑORA DEL ENCUENTRO CON DIOS.

TESTIGOS DE LA INMACULADA

8 SANTA FAUSTINA KOWALSKA Y SAN FRANCISCO MARTO.

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

10 LLAMADA A LA ORACIÓN. LA MEDITACIÓN.

TOTUS TUUS. SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

12 EL MÁS ANTIGUO CÁNTICO A MARÍA: SUB TUUM PRAESIDIUM.

REINADO DE CRISTO

14 LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

15 ¡CÓMO ES DIOS! ¡NO SE PUEDE EXPRESAR!

Lumen Reginae

Boletín Oficial del Reinado de María.

“Ad Jesum per Mariam”



María Santísima debió ser la primera en ver a Cristo Resucitado. Y reparó en sus santas llagas, gloriosas, pero abiertas. Sus ojos contemplaron que el Corazón de su Hijo permanecía abierto después de la Resurrección. ¿Qué nos quería decir el Señor?

Que *la resurrección de Jesús es el triunfo de un Amor llagado*, no cicatrizado, para que tengamos siempre abierto el acceso a su Corazón. Que la llave maestra que abre las puertas del cielo son esas llagas, hendiduras para penetrar en el infinito Amor que Dios tiene por el hombre. Pero que para entrar hay que hacerse pequeño por la humildad.

Metidos en las llagas de Cristo nada nos dañará.

Nuestra Madre estuvo cierta de la Resurrección de su Hijo, aun cuando lo contempló injuriado, descuartizado en la cruz, e incluso muerto.

¿Pero cómo intuir el triunfo glorioso del Resucitado en los reveses y contrariedades que nos afligen, en las injusticias y odios tan profundos de nuestro entorno y hasta en esas malas tendencias que experimentamos y tronchan nuestros más buenos propósitos?

La respuesta está representada en la visión que la Hermana Lucía tuvo en Tuy: iluminada de luz, se hacen presentes las espinas y las gotas de sangre (que recogen los dramas de la historia), pero asimismo la presencia de la Inmaculada y las palabras fundamentales: **Gracia y Misericordia**.

Y el P. Molina, cuyo mes celebramos, nos explica que Dios nos ve capaces de su infinita Misericordia.



El Encuentro de María Santísima con Cristo resucitado. (Melchior - Paul Von Deschwanden, siglo XIX)

Estamos cargados de miserias, y Dios las ve. Pero triunfa en Dios el apego al miserable, la ternura para con él sobre las náuseas que le produce nuestro pecado cuando constata el deseo del hombre de *acoger su Misericordia divina*.

Al refugiarnos en esas llagas benditas nos insertamos en la inmortalidad.

La Señora de Corazón Inmaculado nos hace testigos firmemente convencidos del triunfo del Amor divino, puestos los ojos en el «mundo» celeste, el eterno... el de Dios.

La Redacción.

En la Escuela del Inmaculado Corazón

Misericordia de Dios e Inmaculado Corazón de María se exigen y se enriquecen mutuamente. El amor de Dios se condensa y refleja en el Inmaculado Corazón de María. San Juan Pablo II en su homilía del 13 de mayo de 1982 lo expresó así: *«En el Mensaje de Fátima lo que se hace perceptible y experimentable es el poder infinito del Amor misericordioso»*.

En la aparición del 13 de julio de 1917, después de haber visto el infierno y las situaciones infernales de este mundo, la Virgen dijo a los Pastorcitos: *«Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará»* y anunció que vendría a pedir la consagración al Inmaculado Corazón de María para impedir el triunfo del mal. En *Llamadas del Mensaje*, la Hermana Lucía lo relata de manera muy explícita: *«Después de la horrible visión del infierno, Nuestra Señora nos indicó una vez más la devoción al Corazón Inmaculado de María como camino para la salvación»*.

Realmente, con nuestra conversión podemos cambiar el ritmo de la historia. De nuestro acoger la misericordia que Dios nos ofrece, depende el futuro. En el año 2000, el entonces cardenal Ratzinger lo explicaba así en el comentario teológico al Tercer Secreto de Fátima: *«Es una visión consoladora, pues proclama que el futuro no está predeterminado, que Dios mismo tiene un corazón humano para dirigir la libertad del hombre hacia el bien. El Corazón Inmaculado de María triunfará porque el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma»*.

Pese a que unos se obstinan en el mal, Dios no desiste de amar a los hombres. El misterio más desbordante del Dios de la revelación bíblica es la Misericordia. Como afirmaba San Juan Pablo II en la encíclica *Dives in Misericordia*: *«Nada necesita el hombre como la Divina Misericordia: ese amor que quiere bien, que compadece, que eleva al hombre por encima de su debilidad hacia las infinitas alturas de la santidad de Dios. (...) La potencia especial del Amor, su misericordia, extrae el bien de todas las formas de*



María, Madre de Misericordia.

mal existentes, prueba la capacidad singularmente creadora del amor que no se deja vencer por el mal, sino que vence al mal con el bien».

Y esa misericordia tiene un rostro materno. En frase de San Bernardo: *«María es esa presencia maternal de Dios que encarna en sí la misericordia divina».*

Nadie como María fue capaz de comprender esa Misericordia infinita de Dios a los hombres. Ya en su canto del Magnificat proclamaba: *«Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación»* (Lc 1,50).

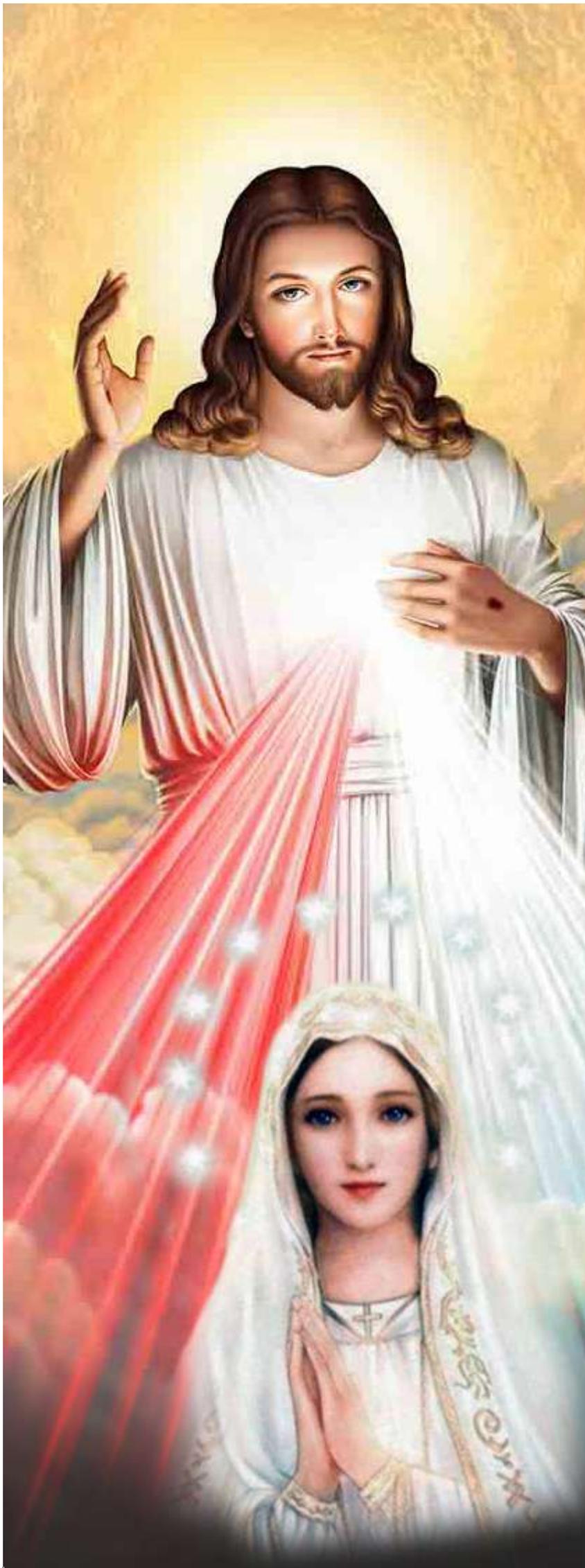
Ella fue la que hizo posible la revelación de esta Misericordia al aceptar sacrificar a su Hijo en el ara de la Cruz para pagar nuestro rescate. Como nos dice la Escritura: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su propio Hijo para que fuéramos salvados»* (Jn 3, 16).

En el Calvario, junto al árbol de la Cruz, María experimentó como nadie el encuentro entre la Justicia divina y el Amor. Esa Justicia que debía castigar al hombre por sus pecados, y esa Misericordia que se los perdonó por medio del Sacrificio Redentor de Cristo y Corredentor de María.

Y Ella acogió en su Corazón Inmaculado ese misterio y se unió a ese Sacrificio, por eso es la que conoce más a fondo la Misericordia de Dios y, la que, de manera más perfecta, la ejerce sobre sus hijos, los hombres.

Dios concedió a Santa María todo el orden de la Misericordia. Con ello decidió lo más justo, lo más recto, lo más beneficioso para nosotros. ¿Cómo, pues, podría la Virgen desentenderse de nosotros si tanto le hemos costado? Dios la ha dotado de un Corazón inmensamente compasivo y misericordioso, que siente como propias las necesidades y miserias de nuestra pobre naturaleza y trabaja sin descanso por nuestra santificación.

Su Corazón se conmueve ante cualquier desgracia o tribulación. Como sucedió en las bodas de Caná, cuando se terminó el vino. Su bondad no le permitía ver a estos novios recién casados pasando un bochorno y acudió en su ayuda. De la misma manera, cada vez que no-



sotros estamos en dificultades o más aún, pasando algún sufrimiento que nos atormenta, ahí está Ella, dispuesta siempre a ayudarnos, a consolar-nos, a darnos fuerza y aliento.

Allí estuvo Ella a los pies de la Cruz de su Hijo cuando aquel ladrón, arrepentido de su mala vida y admirado de la bondad y paciencia de Cristo, le suplicó que se acordara de él en su Reino. Y de la misma manera Ella permanece siempre a los pies de las cruces de todos sus hijos, sosteniéndonos con su presencia, suscitando en nuestros corazones sentimientos de arrepentimiento, de confianza, de resignación ante la prueba, de aceptación ante el dolor. Por eso, teniendo una Madre así no es posible desesperarse ni desalentarse.

María no rechaza a ninguno de cuantos con fe acuden a Ella. Así lo reveló la misma Virgen Santísima a Santa Brígida: *«Yo soy la Reina del cielo y Madre de la misericordia, la alegría de los justos y la puerta para introducir los pecadores a Dios. No hay en la tierra pecador tan desventurado que se vea privado de la misericordia mía. Porque si otra gracia por mí no obtuviera, recibe al menos la de ser menos tentado de los demonios de lo que sería de otra manera. No hay ninguno tan alejado de Dios que, si me invocare, no vuelva a Dios y alcance la misericordia. Todos me llaman la Madre de la Misericordia, y en verdad la Misericordia de Dios hacia los hombres me ha hecho tan misericordiosa para con ellos».*

Más aún. Somos un «reclamo» para su Corazón Inmaculado. Dice San Maximiliano María Kolbe: *«Dios le ha dado un Corazón tal que le es imposible dejar de ver la menor lágrima sobre la tierra, dejar de preocuparse por la salvación y la santificación de cada ser humano. Ella no mira si uno es digno de gracia o de piedad. Como es esencialmente Madre de Misericordia, aunque no la llamemos, se apresura para venir ahí donde hay más miseria en las almas. Sí, cuando un alma está manchada por el pecado, cuanto más lo está, más se manifiesta la misericordia divina cuya personificación es justamente la Inmaculada... La sola invocación “María”, dicha incluso con el alma hundida en las tinieblas, en las sequedades, y hasta en la desgracia del pecado, ¡qué eco produce en su Corazón tan amante! Y cuanto más desgraciada es el alma, más hundida en sus pecados, tanto más acoge Ella este impulso salido de un pobre pecador como nosotros y lo rodea con su cariñosa y solícita protección».*

Acercarse a la Misericordia de María nos da la seguridad absoluta de experimentar el perdón de Dios y de ser siempre auxiliados en nuestras necesidades.

Altar Mayor del Santuario de San Claudio de la Colombière. (Paray Le Monial, Francia siglo XIX)



Altar Mayor del Santuario de San Claudio de la Colombière. (Paray Le Monial, Francia siglo XIX)

Victorias de María

En este mes de abril de 2021 celebramos el XIX aniversario de la partida a la Casa del Padre del **Rvdo. P. Rodrigo Molina**. Todavía en el marco del Centenario de su nacimiento (1920-2020), recordamos con infinito cariño y gratitud a este Padre espiritual de miles de almas e inspirador de gran número de obras e iniciativas apostólicas.

La vida del P. Molina fue la vida de Dios presente en él. La de un hombre que, a lo largo de sus 81 años, pudo decir, pudo exclamar, pudo gritar: «¡Oh Dios, qué precioso es tu Amor!» (Sal 36, 7).

Esa presencia de Dios embebió toda su existencia por ese abandono absoluto y total en su amadísima Señora de Inmaculado Corazón. El P. Molina fue un gran enamorado de la Virgen Santísima. Su infancia, su juventud; noviciado, sacerdocio, obras apostólicas... todo envuelto en María. La Señora ocupó siempre un lugar de primacía en la vida del Padre. De modo singular, el P. Molina destacó la figura de la Virgen María como dispensadora, mediadora de la Misericordia divina.

Vivió convencido y sus obras dan prueba de ello, que —son palabras del Padre—: «*En María, Dios entra en la profundidad del horrible caos en el que se debate el hombre y hace suya incondicionalmente esa horrible realidad del hombre y así, curándola desde dentro la salva. María es la imprescindible. Y es imprescindible por sabio designio de Dios Padre y clara Voluntad de Dios Hijo*» ... «*La dimensión mariana de nuestra vida exige la entrega filial de nuestra vida a la Señora. Acoger a María en nuestra vida, en nuestro ser, ser sus hijos, es un acto de comunión con la Inmaculada, con Nuestra Señora del Encuentro con Dios*».

Emulando el Fiat de la Señora, su vida fue una página en blanco, un espacio abierto, amplio, donde Dios pudo obrar según su capricho. Sí, eso fue el P. Molina, el capricho de Dios.

El P. Molina ha sido un triunfo glorioso de nuestra bendita Madre. Y la advocación de Nuestra Señora del Encuentro con Dios, que el Padre nos regaló, un triunfo de su corazón enamorado de Dios y de las almas. ¡Cuántos trofeos de misericordia no ha ganado para Dios esta preciosa

El P. Molina y el triunfo de Nuestra Señora del Encuentro con Dios.



imagen, tan dulce y tierna, con el Niño en los brazos, que subyuga y atrae y ante Quien no puede el alma sino rendirse a su bondad y clemencia materna! Porque como decía San Juan Berchmans: «*Si mil corazones tuviera, con mil corazones te amara, Madre mía*».

Dios quiere seguir atrayendo almas hacia Él a través de Nuestra Señora. «*Su voz es dulce, consoladora, endinamizante, operante...—otra vez nos recuerda el Padre—. Su rostro bello, atrayente, tiene garra, vence toda resistencia. Ella, al darnos a su Hijo, nos da su Evangelio, su Espíritu Santo, su perdón, su fecundidad. Ella nunca se cansa de nosotros. Ella nos protege y defiende eficazmente de todo enemigo*».

Testigos de la Inmaculada

El Domingo de la Divina Misericordia fue instituido por San Juan Pablo II en base a las revelaciones de Jesús a Santa Faustina Kowalska, su portavoz en el atormentado siglo XX. Un período también marcado por la presencia de la Virgen en Fátima.

Helena Kowalska, tercera de los diez hijos de un hogar campesino, vino al mundo el 25 de agosto de 1905, tres años antes que Francisco Marto, el pastorcito de Fátima, que nació el 11 de junio de 1908.

Tras una trayectoria de santidad, ambos guiados por Jesús y por Nuestra Señora, la Santísima Virgen vino a llevarse al cielo a Francisco a los 10 años, el 4 de abril de 1919. Faustina entregó su alma a Dios a los 33 años, el 5 de octubre de 1938. Por lo que en este mes de abril también recordamos al querido Pastorcito San Francisco Marto.

Helena se hizo religiosa (1925) con el nombre de Sor María Faustina, en la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, dedicada al cuidado de jóvenes, el mismo año en que la Hermana Lucía ingresaba en las Doroteas.

La lectura del Diario pone en evidencia una profunda y estrecha relación de Faustina con la Virgen Inmaculada. En cuanto abandona el hogar para iniciar su vida religiosa en Cracovia, pide ayuda a su Madre Celestial, quien responde guiando sus primeros pasos y acompañándola durante el resto de su vida como su Madre amorosísima, su compañera solidaria en el sufrimiento y su «instructora» en los asuntos de su hijo Jesús. Algo que se constata en numerosos extractos de su Diario:

«Hoy durante la Santa Misa estuve particularmente unida a Dios y a su Madre Inmaculada. La humildad y el amor de la Virgen Inmaculada penetró mi alma. Cuanto más imito a la Santísima Virgen, tanto más profundamente conozco a Dios». (Diario, n. 843).

El Corazón Inmaculado de María, que los niños de Fátima vieron intercediendo por el mundo, también fue contemplado por Sor Faustina:

«Por la noche vi a la Santísima Virgen con el pecho descubierto, traspasado por una espada. Lloraba lágrimas ardientes y nos protegía de un tremendo castigo de Dios. Dios quiere infligir-

nos un terrible castigo, pero no puede porque la Santísima Virgen nos protege... Si no hubiera estado la Santísima Virgen, de muy poco habrían servido nuestros esfuerzos». (Diario, n. 686).

El pequeño Francisco más que por los castigos (en este mundo o en la eternidad) está impresionado por la tristeza que el pecado causa a Dios. Su afán es consolar a Nuestro Señor, acompañar a Jesús escondido en la iglesia. Sentimientos idénticos anidan en el corazón de Sor Faustina: *«Oh Prisionero de amor... Mi corazón está siempre contigo. Nada puede impedir mi amor hacia*

Santa Faustina Kowalska y San Francisco Marto.



Ti... Te consolaré por todas las ingratitudes, por las blasfemias, por la tibieza, por el odio de los impíos, por los sacrilegios...» (Diario, n. 80).

La Virgen da consejos a Sor Faustina: «*Deseo, amadísima hija mía, que te ejercites en tres virtudes que son mis preferidas y que son las más agradables a Dios: la primera es la humildad, humildad y todavía una vez más humildad. La segunda virtud es la pureza; la tercera es el amor a Dios. Siendo Mi hija tienes que resplandecer de estas virtudes de modo especial. Tras la conversación me abrazó a su Corazón y desapareció» (Diario, n. 1415).*

«*Me quedé sola con la Santísima Virgen que me instruyó sobre la voluntad de Dios, cómo aplicarla en la vida sometiéndome totalmente a Sus santísimos designios. Me dijo: “Es imposible agradar a Dios sin cumplir Su santa voluntad. —Hija mía, te recomiendo encarecidamente que cumplas con fidelidad todos los deseos de Dios, porque esto es lo más agradable a Sus santos ojos (...). Esta Voluntad de Dios, anteponla a todos los sacrificios y holocaustos”. Mientras la*

Madre celestial me hablaba, en mi alma entraba un profundo entendimiento de la Voluntad de Dios». (Diario, n. 1244).

Santa Faustina, confortada por la Virgen, llevó a término su misión, unida a Jesús crucificado por los sufrimientos de la enfermedad y las dificultades del apostolado de la Divina Misericordia. Entregó su alma a Dios el 5 de octubre de 1938 en su convento de Cracovia. Fue canonizada por San Juan Pablo II el 30 de abril de 2000, segundo domingo de Pascua, que es el Domingo de la Divina Misericordia.

Mi Inmaculado Corazón triunfará

Y decía Jesús: «*Convienes siempre orar y nunca desfallecer*» (Lc 18,1).

Durante la segunda aparición del Ángel a los Pastorcitos, el mensajero celestial les hace una apremiante llamada a la oración que es, no solo para ellos, sino para todos los hombres. Les dice así: «*Orad, ¡orad mucho! Los corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios*».

Orar es unirse a Dios, estar de manera consciente con Él, nuestro Padre del cielo, en trato íntimo y personal. Del alma unida a Dios brotan espontáneamente diversos actos. Los más destacados suelen ser: anhelos de Él, de confianza, de admiración, de apertura y entrega, de sometimiento humilde, de reparación, de agradecimiento, de petición. El elemento principal de la oración es el amor.

Entre los diversos modos de oración y de contacto con Dios está la meditación.

¿Qué es la meditación?

Meditar quiere decir «hacer memoria» de las cosas que Dios ha hecho, recordar sus beneficios, los dones que nos ha dado, pensar en Él amándole, considerar lo bueno que ha sido con nosotros a lo largo de nuestra vida. Es lo que en la tradición cristiana se conoce como «oración mental».

La oración mental es la que se hace sin palabras. Es una manera de entrar en contacto con Dios en nuestra mente y en nuestro corazón. Un ejemplo maravilloso de esta oración mental lo tenemos en la Santísima Virgen. El Evangelio nos dice en dos ocasiones que: «*María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su Corazón*». (Lc 2, 19 y 51b). Estas dos ocasiones a que alude el Evangelista San Lucas son cuando los pastores encontraron al Niño con su Madre y cuando el Niño Jesús se perdió en el templo.

En el primer caso fue un momento de gozo y agradecimiento; en el segundo, un momento de dolor, angustia e incertidumbre. Con lo que María nos enseña que todo acontecimiento de nuestra vida debemos «meditarlo en nuestro corazón».





llamada a la oración. La meditación.

Por otro lado, la oración es fundamental para poder conseguir esa conversión en la que tanto nos insistió nuestra Señora en Fátima. Como el aire para respirar y la comida para nutrir nuestro cuerpo, la oración es el alimento del alma, es sustancial para nuestra vida espiritual. «El negocio de los negocios es pasarse el alma amando a Dios».

Muchas veces constatamos lo difícil que es emprender el buen camino y perseverar en él. Las corrientes del mal nos arrastran con fuerza y en no pocas ocasiones sucumbimos. Esto sucede porque nuestra alma no está fortalecida. Es como una barquichuela en medio de un mar tempestuoso. Decía el Santo Cura de Ars: *«Todos los santos comenzaron su conversión por la oración y por ella perseveraron; y todos los condenados se perdieron por su negligencia en la oración. Digo, pues, que la oración, nos es absolutamente necesaria para perseverar»*.

Esta conversión total a Dios es inalcanzable para el hombre si no es mediante un toque de Dios, una gracia especial que Él nos concede al comprobar nuestro esfuerzo y nuestro deseo de ser mejores. De aquí, la importancia de la dedicación sistemática a la oración. La constancia en dar ese tiempo en exclusiva a Dios es fundamental.

Y debemos cuidarnos mucho de la excusa de «no tener tiempo» para la oración. Vivimos tan absorbidos por multitud de ocupaciones, que muchas veces Dios ocupa el último lugar en nuestra vida, o simplemente nos contentamos con darle «las sobras» de nuestro tiempo. Pero la auténtica vida sólo viene de Dios. Si no oramos, nos atrofiarnos. En la medida en que descuidamos la oración vamos cerrando esa comunicación con esa perenne juventud y primavera que es Dios, y el alma se va esclerotizando, envejeciendo.

La Virgen María nos educa con su ejemplo a dedicar largos ratos de nuestra jornada para recogernos en silencio y estar con el Señor, atendiendo a sus enseñanzas y meditando en los misterios de nuestra fe.

Para esto nos ayudará tomar algunos pasajes de la Sagrada Escritura, algún libro de meditación y leer un poco. Y después reflexionar sobre lo que he leído. De esa manera damos espacio al Espíritu Santo para que vaya iluminando y transformando nuestras almas en el conocimiento y en el amor a Dios.

Totus tuus, Ser de Ella Como Ella es de Dios

*El más antiguo
Cántico a María:
Sub tuum
praesidium.*

El P. Molina, comentando el pasaje del Evangelio de San Juan: «Mujer he ahí a tu hijo... hijo, he ahí a tu Madre» (19, 27), nos explicaba que la última Voluntad de Jesús fue que nos consagráramos a Santa María: Jesús en un acto de supremo amor, clava los ojos en mí, piensa en mí. Mira a su Madre y promulga la maternidad espiritual de María, que es promulgar la necesidad de su presencia. La llama «Mujer» no «María» porque Ella es la verdadera «Hija de Sión» Madre del verdadero pueblo de Israel, es decir, de la Iglesia de Cristo.

«Y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo»: San Juan la acogió en su casa: no es solo en sentido de un mero alojamiento y hospitalidad, quiere indicar más bien una COMUNIÓN DE VIDA. El apóstol acoge entre sus cosas propias a la Madre del Redentor y la introduce en todo el espacio de su vida interior, entre lo más íntimo de él, en su «yo». San Juan se abrió a Santa María y



se identificó con Ella. Creyó en Santa María. San Juan ejecutó en él mismo el mandato de Jesús, de que se hiciese hijo fiel de Santa María.

Ese testamento vital de Jesús fue inmediatamente asumido y confirmado en la Iglesia primitiva.

Prueba de ello es que el testimonio escrito más antiguo de una oración dirigida a la Virgen María que conocemos se remonta al siglo III. Fue hallado en un papiro egipcio, copto, cerca de Alejandría. Verdadera entrega al Corazón Misericordioso de María, —como veremos— fue patrimonio común de la Iglesia de Oriente y de Occidente y desde entonces ha sido cantado por millones de cristianos de toda raza y condición.

La transcripción en lengua moderna dice así:
«Bajo tu protección nos acogemos, Santa Ma-



dre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, libranos siempre de todo peligro, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!»

El P. Molina, traduciendo del griego original, nos ofrece esta paráfrasis:

«Bajo tus sanas, valientes, buenas, misericordiosas entrañas

nos acogemos (refugiamos, recurrimos en busca de auxilio) Madre de Dios,

no deseches (no mires de lado, descuides, desdén)

nuestras súplicas en nuestras necesidades (en las dificultades, situaciones malas),

antes bien libranos del peligro ¡Oh sólo Pura! (sin mancha, recta, santa), ¡Oh sólo bendita!...»

El término griego que se traduce como «*praesidium*», amparo o protección, en realidad es el mismo que el Evangelio utiliza para describir la conmoción «hasta las entrañas» de Jesús al ver a la multitud reducida a un rebaño de ovejas sin pastor (Cf. Mt 9, 36); para describir la emoción del buen samaritano ante el herido en el camino de Jericó

(Cf. Lc 10, 33); para manifestar el gozo del padre ante la vuelta del hijo pródigo (Cf. Lc 15, 20). Es decir, es el que más se acerca al de misericordia que significa «el corazón (“la entraña” por excelencia) que siente piedad».

Se trata de un texto excepcional, que prueba que, desde los orígenes, los discípulos de Jesús reconocieron en María a la criatura que está más cerca de la Misericordia divina y la puede ejercer sobre los hombres. Se confiaron a su Corazón Inmaculado con absoluta confianza, convencidos de obtener su poderosa ayuda en las pruebas de la vida.

Por eso, cuando tengamos momentos oscuros, dolorosos, cuando no sepamos cómo arreglar una situación angustiosa que nos oprime el corazón, miremos a la Madre, vayamos a sus pies y, en silencio, dejémonos «mirar por Ella», somos posesión suya, nos hemos consagrado a su tierno Corazón y, por lo tanto, todos nuestros asuntos y nuestra propia vida le pertenecen. Permanezcamos a su lado y dejémonos limpiar por su mirada. Lloremos, como niños pequeños, plenos de confianza, humildad y abandono. Y Ella, cierto, «*no desechará nuestras súplicas, antes bien, nos libraré siempre de todo peligro*».

Reinado de Cristo



La Resurrección del Señor.

Resucitó. No está aquí. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5).

Desde la tarde del Viernes Santo, en el sepulcro reposa el cuerpo muerto de Jesús. Unida a ese cuerpo sagrado está la Divinidad. Es el cadáver de un Hombre-Dios.

Su Alma inmortal ha descendido a rescatar a los santos de la Antigua Ley que lo esperan con ansias para entrar en el cielo, hasta ahora cerrado a causa del pecado. Y al despuntar la aurora del Domingo, el Alma gloriosa de Cristo penetra de nuevo ese Cuerpo, lo vivifica, le transfunde toda su gloria y su hermosura y se transfigura con vivos destellos de luz.

Las vendas y lienzos que envuelven el cadáver se desprenden de él y quedan cuidadosamente plegados, como indicios de su resurrección. Y el cuerpo glorioso, ágil y sutil, unido al alma y a la Divinidad, atraviesa el sepulcro, mientras los Ángeles y Santos lo adoran y le entonan himnos de triunfo: ¡Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria? Satanás, ¿dónde está tu dominio? Nuestra muerte ya no es una muerte eterna. La muerte ya no es nuestra propiedad. En el sepulcro vacío de Jesús las ansias de inmortalidad del hombre quedan satisfechas.

Conserva las llagas para confirmar a sus discípulos en la fe de la resurrección. Acércate, —dirá al incrédulo Tomás—, «acércate y mete tu dedo en las llagas de mis manos y tu mano en la llaga del costado y no seas incrédulo sino fiel» (Jn 20, 27-29).

Se aparecerá glorioso a las mujeres y a sus discípulos, infundiéndoles paz y alegría y haciéndolos testigos de su Resurrección. Es el milagro que el mismo Jesús aduce como la prueba más contundente de su Divinidad.

No cuenta el Evangelio que la primera aparición de Jesús fuera a su Madre, pero debió ser un encuentro inefable: ¡Alégrate, Reina del cielo; porque el Hijo que llevaste en tus entrañas ha resucitado! ¡Aleluya!

Y Ella, Madre nuestra, nos hace partícipes de ese encuentro, de esa alegría.

¡Si Cristo ha resucitado, resucitaremos también nosotros y poseeremos a Dios! (Cf. 1Co 15, 12-20). Cuando estamos en gracia, la alegría nos inunda: poseemos a Dios y un día resucitaremos con Jesucristo y viviremos eternamente con Él en el cielo.

Vivir la resurrección es proclamar que el Bien ha triunfado, es decir que Dios hace vida, es poner el cielo en la tierra de mi corazón.

Al Encuentro con el Dios Uno y Trino

¡Cómo es Dios! ¡No se puede expresar!

San Francisco Marto, uno de los pastorcitos de Fátima, quedó cautivado por esa Luz que Nuestra Señora les infundió: «*Nosotros ardíamos en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Como es Dios! ¡No se puede expresar!*».

¿Quién es Dios? El P. Molina gustaba recordar la definición del Concilio Vaticano I: «*La Santa Católica Apostólica Romana Iglesia cree y confiesa que: existe un solo Dios verdadero y vivo —es decir, el que es puro y pleno vivir—, creador y señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en su entendimiento, voluntad y en toda perfección —es decir, inagotable, sin límite alguno; por eso Dios es inatacable, inexpugnable. ¡Qué grande es refugiarse en Él, cobijarse bajo Él!—, el cual, siendo una sola substancia espiritual —todo Él es espíritu—, singular —ningún otro parecido a Él, Único—, absolutamente simple —es decir, sin mezcla alguna de partes y por ello indestructible, incorruptible, su entender es su querer, su justicia es su misericordia—, e inmutable —es decir, Dios no cambia. Nada puede adquirir porque todo lo tiene, nada puede perder porque lo tiene de raíz, en su existir simplicísimo—, debe ser predicado como distinto del mundo —existe independiente de todo lo creado—, real y esencialmente, felicísimo en sí y desde sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que fuera de Él mismo existe o puede ser concebido.*».

Y ese Dios que es Vida y solo Vida, que no puede ser más porque ya lo es Todo, ese Dios, nos dice a cada uno de nosotros:

«*Con amistad sin fin Yo te amo*» (Is 54, 8): con consistencia, con aguante a toda prueba, con lealtad, con constancia.

«*Porque del fondo del alma te he elegido, eres al quien quiero*» (Is 42, 1).

«*Dios es el Dios del Amén*» (Is 65, 16): de la solidez, de la seguridad, de la fidelidad. Merece fe. ¡Cuándo acabaremos de creerle! Dios es sincero, veraz.

«*Buscad a Dios. Él se deja encontrar*» (Is 55, 6). Dios es accesible.

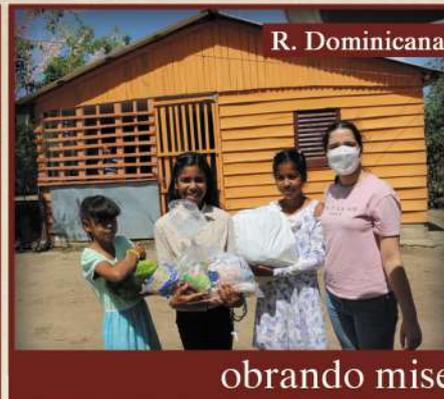
¿Entiendes ahora por qué la Virgen, tu Madre, se aparece en este mundo? Ella tiene solo un afán, un objetivo: Que no frustremos nuestro destino último de nuestra unión con Dios, de dicha y gozo pleno y eterno.

COMO MARÍA, VIRGEN MISIONERA:



R. Dominicana Puerto Rico

visitando al que lo necesita,



R. Dominicana Venezuela

obrando misericordia,



Brasil Perú



Puerto Rico Colombia

irradiando Luz de Dios,



Colombia Colombia



Perú



Puerto Rico

llevando a los niños al encuentro con Jesús.

Este Boletín se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

